

Como todos los años, mamá anunció que este podría ser el último. Nunca supe si lo decía con pena o con esperanza. Papá había conseguido sobrevivir a tres infartos y un ictus, llevaba dos *bypass* y tenía cáncer de próstata en estado estacionario.

Cuando papá se jubiló, volvieron a la casa del pueblo porque allí tenían mejor clima y jardín con piscina. De esta disfrutaron poco. Mamá no sabe nadar y le da miedo el agua. A papá le gustaba la natación, pero después del primer infarto temía que lo tuvieran que sacar ahogado del fondo de la piscina.

Llegué sobre las once de la mañana. Mamá todavía no se había arreglado, había estado ocupada con las gallinas, dijo apartándose un mechón de pelo blanco que le caía hasta los ojos. Me tomó la cara entre sus manos, susurró «mi pequeño» y me dio dos besos sonoros. Le pregunte por papá.

—Ahí está, como siempre.

Asentí sin saber qué decir. Me ofreció un café, pero le dije que me lo prepararía yo mismo y ella fue a arreglarse. Volvió unos diez minutos después, durante los cuales no oí la ducha. Se había quitado la bata y llevaba una falda y una chaqueta negra de punto y calzaba unas zapatillas agujereadas por la uña del dedo gordo. No se había molestado en ponerse medias para disimular sus varices. El café estaba amargo.

Se sentó enfrente y me preguntó por mi vida. Lamentó, como todos los años, que me hubiera divorciado de Carmen, parecía buena chica. Le dije que los matrimonios ya no eran como antes, como el suyo. Me devolvió una mirada que no supe interpretar.

Una media hora después, llegaron Pedro y Marta con Alex. Marta salió del coche y se fue directa al baño sin poder decir nada. Mi hermano la disculpó: «ya sabéis, siempre se marea». Mi sobrino había crecido, ahora era un chico desgalichado que fue directo a su abuela y le dio un beso. Pedro se remecía la camisa por debajo de la barriga mientras saludaba y miraba a su alrededor, comprobando que todo estaba en orden. Era el mayor y, en vista del estado de papá, se consideraba el responsable de la familia. Marta volvió enseguida, disculpándose y sacando del coche una tarta que había hecho para la ocasión.

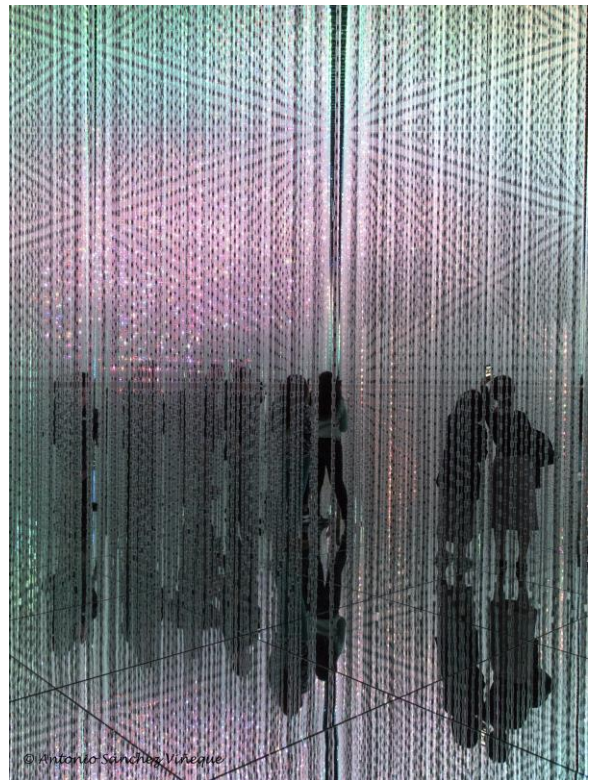
—¿Qué tal está papá? — preguntó Pedro.

— Ahí está, como siempre —contestó mamá.

Poco después llegó Fernando, que se había equivocado de salida en una rotonda. Fernando siempre se pierde en las rotondas desde que se quedó viudo. Casi a la vez que Fernando, llegó Andrés con su mujer, Felisa, y sus tres hijos. Felisa se quejó por el mal estado de la carretera y despotricó de los políticos, que son todos iguales. Los chicos nos besaron con renuencia y volvieron a enfrascarse en sus móviles.

Las mujeres se fueron a la cocina a preparar ensaladas y otros entrantes. Los chicos de Andrés fueron hasta la piscina y preguntaron si podían bañarse. Pedro miró aquella sopa verde y llena de hojas y negó con la cabeza. Ellos volvieron a sus móviles sin rechistar.

Los hombres nos pusimos a encender el fuego de la barbacoa. Mientras se prendía, Andrés fue a la cocina y trajo unas cervezas. Alex se quedó con nosotros y su padre le ofreció una cerveza, que rechazó. Hablamos de coches: Andrés dijo que tenía que cambiarlo y Pedro mencionó un modelo que va a sacar la Opel, un cross over muy chulo. Fernando dijo que su



coche estaba jodido, pero que ya no quería otro, que cuando hiciera plof... Pedro, Andrés y yo nos miramos en silencio. Menos mal que salió Felisa con un plato de patatas fritas.

Hacía buen día y decidimos comer en el jardín. Las mujeres ponían la mesa y mamá avisó de que iba a preparar a mi padre. Alex se ofreció a ayudarlo, buen muchacho. Pensé que era bueno que el chico empezara a ver la realidad de la vida, la decrepitud a la que estamos abocados si la muerte es generosa con sus plazos, pero no quise dejarlos solos y me uní a ellos.

La habitación olía a cerrado y a orina. Papá yacía boca arriba, con los ojos cerrados y la boca abierta. Mamá fue directa hacia la cama:

—Venga, despierta, que han venido los chicos.

Sobre la cómoda, una foto enmarcada de ellos dos cuando fueron a París, recién casados. Mamá estaba delgada, tenía el pelo castaño rizado y los ojos limpios y brillantes. Era guapa, algo en lo que yo no había pensado antes. Recordé su olor cuando se metía cada noche en mi cama a leerme un cuento, sus besos sonoros y su dulce canturreo hasta que me quedaba dormido.

Papá nos miró con sus ojos acuosos y su boca torcida, con restos de baba nocturna. No parecía conocernos, pero vete a saber. Entre Alex y yo lo levantamos mientras mamá le quitaba el pañal de la noche. Alex no pudo evitar algunas arcadas, pero se contuvo. Mientras lo llevábamos a la ducha, me pregunté cómo se las arreglaba mamá para hacer eso sola. Luego, lo tendimos en la cama, le pusimos un pañal nuevo y lo vestimos.

Sentado en su silla de ruedas, hizo su aparición estelar en el jardín. Todos se acercaron y le dieron esos falsos besos a dos centímetros de sus mejillas. Los chicos de Andrés de nuevo se mostraron remisos a la ceremonia, pero, al final, empujados por su madre, cumplieron el ritual y se lanzaron a ocupar sus puestos en la mesa. Pedro les detuvo:

—Eh, eh, eh... Aquí no se sienta nadie hasta que lo indique el abuelo.

—Y tampoco se levanta nadie de la mesa hasta que hayamos terminado —añadió Andrés.

Papá asintió e hizo un leve gesto con la mano. Mamá se sentó a su lado para darle la comida a trocitos, como había venido haciendo en los últimos cinco años. A papá le gustaron las croquetas que había traído Felisa e hizo lo que parecía un gesto de aprecio.

Pedro se quedó a cargo de la barbacoa. Iba y venía, picaba una croqueta o algo de ensalada, brindaba, contaba un chiste y volvía a su puesto de fogonero para dar vuelta a las chuletas y traer una bandeja tras otra, hasta que trajo la última y se sentó por fin, satisfecho de su labor.

Papá levantó despacio su mano derecha para señalar la bandeja del ternasco. Mamá tomó una de las chuletas y la fue cortando a trozos pequeños que le iba metiendo en la boca. Él los masticaba como podía y los engullía con dificultad, pero con evidente placer. Quizá, después de todo, le estábamos dando una buena fiesta de cumpleaños.

Mamá le metió otro pedacito de carne y se volvió para participar en la conversación, que a esas alturas trataba de la educación de los hijos.

Miré a mi padre, que se había quedado quieto con los ojos muy abiertos. Me di cuenta de que no respiraba. Felisa miró al viejo y le hizo a mi madre ese movimiento de interrogación con la cabeza. Mamá se encogió de hombros. Marta le dio un codazo a Pedro, que comprendió enseguida y se levantó alarmado, dispuesto a hacer algo.

Di un golpe en la mesa y lo detuve levantando la palma de la mano. Miré a mamá, que hizo un leve gesto de asentimiento y nos recordó la férrea norma familiar:

—Nadie se levanta de la mesa hasta que hayamos terminado.